

EL VERDADERO SENTIDO DE LA NAVIDAD

La Navidad es tiempo de paz, de alegría, de hermandad, de caridad, de reflexión de la brevedad y futilidad de la vida. La conocida coplilla lo expresa graciosamente:

Las Navidades se vienen
las navidades se van
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Pienso que hay una sola NAVIDAD, con mayúsculas, la que conmemora el nacimiento de Cristo el día 25 de diciembre, y que hay otras muchas navidades, según las interpretaciones, vivencias y recuerdos que tiene cada persona de esta fecha señalada y carismática. No es lo mismo la Navidad para un niño de 5 a 10 años, para un joven de 20 a 30, para un hombre maduro de 40 a 50, que para un anciano de 80 a 90 primaveras. La edad, pues, tiene sus condicionamientos y una importancia decisiva en la celebración de esta efémeride. La alegría desbordante, las ilusiones o los sueños, será la tónica general de los más jóvenes; la nostalgia, los recuerdos y hasta la tristeza —por faltarle muchos seres queridos— la de los mayores.

Hay otras navidades variadas, diferentes, dependiendo del

punto de vista de las creencias, de la salud, del dinero y de mil circunstancias más que pueden favorecer o delimitar esta simpática celebración. Personalmente, mis navidades más felices están siempre ligadas a los recuerdos de mis padres —que desgraciadamente ya se fueron— y ahora, por supuesto, a mi mujer, a mis hijos y a mis hermanos. También me quedan nostalgias, en la estantería de mis recuerdos, las que pasé en distintas ciudades y pueblos de España: en Alhambra (con sus maitines y misas de la Virgen), en Cádiz (con su juerga flamenca), en Bilbao y en Las Arenas de Guecho (con la morriña de nuestra familia)... y, por supuesto, de las incontables pasadas en Madrid y Daimiel llenas de entrañables recuerdos.

Hay por último otra Navidad que inevitablemente se relacio-



na con una serie de elementos o factores que en parte la condicionan: la Nochebuena con su Misa del Gallo, el Belén, los Villancicos, el árbol de Navidad, los christmas, la cena típica, los turrónes y dulzainas,... y ese silencio de las calles sin tráfico roto a intervalos de los cantares y el bullicio de los villancicos. Hasta el frío y la nieve, contribuye a veces, para crear un clima especial de fiesta religiosa, familiar y de sana alegría. Lo que lamentamos y no nos agrada, es que, poco a poco, esta festividad netamente religiosa, se vaya convirtiendo en una fiesta profana más, similar a la de No-

chevieja, en donde la comida (el pavo tradicional, las dulzainas, etc.) o la bebida, sean lo más importante.

Dicen algunos que la Navidad en vez de alegría les produce tristeza o nostalgia. Es posible que suceda en algunas personas mayores, pero quizás sea porque no se haya enfocado en el verdadero sentido cristiano como surgió hace ya dos mil años; es decir, como la conmemoración del acontecimiento más grande de la historia de la Humanidad: la encarnación y nacimiento del hijo de Dios como hombre.

JESSEL

COLABORACION

A TRAVES DE MI BLOK AL SONAR LAS DOCE

Con paso firme y esperanzador debemos iniciar el nuevo camino del año 1990, ante el cual nos presentaremos ilusionados por conocer, si ello es posible, la tan ansiada paz mundial que demanda la situación actual.

¿Alcanzará por fin el hombre un principio de concordia para emprender alegre y confiado el camino del respeto mutuo y la convivencia internacional?

Las grandes potencias mundiales, dirigidas hoy, por George Bush y Mijail Gorbachov, anuncian y predicen que: "EL FUTURO ESTARA LIBRE DE TIRANIA Y DE TEMOR".

Si las doce campanadas sentenciosas que han de marcar la muerte de un viejo año y el nacimiento de otro impaciente, han de servir siquiera para llevar a nuestra alma la satisfacción plena y absoluta de que hemos sabi-

do cumplir, un año más, con nosotros mismos y con nuestros semejantes, como buenos ciudadanos, buenos gobernantes, buenos españoles y sobre todo como buenos cristianos, entonces... sea en buena hora llegado el AÑO NUEVO, y traiga para siempre no sólo la Paz, en Colombia, San Salvador, Filipinas, Panamá, Rumanía sino también a todos los hombres de buena voluntad.

Al meditar sobre tiempos que forman ya hoy parte de la historia y que nosotros hemos vivido, nos sentimos viejos y experimentamos

añoranzas hacia cosas que se nos fueron y que en vano retornarán a nuestra vida. Es ley humana, pues, rememorar al comienzo de cada año una parte de nuestras acciones, nuestras alegrías y nuestras tristezas, vividas en los 365 días que han precedido a estos otros nuevos que vamos a comenzar a tachar en el calendario.

Recibamos con alborozo y esperanza a este 1990, para que las campanadas sombrías y luctuosas del odio, terrorismo, droga, sida, injusticia, hambre, miseria y paro... se conviertan en campanadas con sonidos de paz

fraterna, de campanadas de amor, moralidad, justicia, y bienestar en esta humanidad actual llena de egoísmo; de campanadas con sonidos de amplios horizontes para nuestra juventud, de sonidos de campanas que consigan unir a todos los pueblos en el respeto absoluto a los principios jurídicos, y católicos que nos liguen a Dios.

Si al comenzar el Nuevo Año y esta década de mil novecientos noventa nuestros gobernantes y todos, tuviésemos la dicha de conseguir estas metas luminosas que debemos trazarnos, habremos conseguido DOCE CAMPANADAS CON SONIDOS DE PAZ CELESTIAL Y GLORIOSA.

JACINTO ELVIRA DEL
CASTILLO
Pensionista Jubilado